

nio Soler: fueron indicios de que "el pajarito habia salido del nido y volaba ya," añadimos nosotros recordando la frase del venerable magistral de Vich. Y en efecto era así: que alentado por sus amigos y lisonjeado su amor propio al ver el éxito de aquellas producciones, respondió á la invitacion del *Madrileño Católico*, que abría un certámen sobre el punto siguiente: *El celibato del clero católico* (prescindiendo de las leyes canónicas y civiles), *yes mas conducente, política, moral y religiosamente hablando, al bien de la sociedad, que la facultad de poder contraer de los protestantes?*

Sobre esta proposicion debia girar la memoria de los aspirantes al premio, y á Balmes quedaba reservado el triunfo. Despues de un esordio breve y filosófico, en el cual pinta las consecuencias de la revolucion religiosa de Alemania, demuestra el autor que á la supresion del celibato entre los ministros protestantes no precedió ningun pensamiento de reforma religiosa, moral ni política; que todo fué obra del desenfreno de las pasiones; que los reformados eran consecuentes al declamar contra el celibato del clero católico, por la misma razon "que las aguas de una avenida impetuosa se embravecen contra el robusto dique que las embaraza en su precipitada corriente." Al hablar del sacerdote medianero entre Dios y los hombres, ejerciendo las funciones de su agusto ministerio, rodeado de un pueblo numeroso que humilla su frente ante el Santo de los Santos, pregunta: "¿no os place distinguir en el semblante del sacerdote los rasgos de santa austeridad, figurándoos un corazón inundado de bendiciones celestiales, puro como el rayo de la luz, fragante como el aroma del incienso?" *¿Sí!* Pues introducid en el cuadro á la muger; haced que se os ofrezcan los lazos de amor que unan al ministro con hermosa pasajera: desde aquel momento, el cuadro desaparece, el sacerdote se abste, su dignidad se humilla, su gravedad se amengua, su austeridad se relaja.

Prueban seguida nuestro escritor con ejemplos de remotísima antigüedad y racionales incontestables, que existe una íntima relacion entre la continencia y el ministerio religioso; que el amor inspira veleidat y absorbe en liviano sueño todas las potencias; que el amante, sin mas objeto que su ídolo, sin mas dicha que el placer, se arrastra á merced de la belleza que adora. De aquí deduce, que con esta pasion muelle son incompatibles los cargos graves, y que ha sido necesario levantar un muro de bronce entre los halagos seductores y las funciones religiosas. "Cuando al revolucion francesa (añade) dispersó por toda Europa á los ministros católicos, una porcion considerable de ellos buscaron en Inglaterra un asilo contra el furor que los perseguia en su patria. ¿Y qué sucedió?

Lo que sucederá siempre cuando las declamaciones se sujetan á la piedra de toque de los hechos. Admiraron los ingleses la santa gravedad, la intachable pureza de aquellos sacerdotes, y se estableció en favor de éstos la honrosa escepcion de franquearles libre entrada en las casas. ¿Qué no se habia dicho antes de la misma revolucion sobre la austeridad de las vírgenes consagradas á Dios? Estalló la revolucion, y cuando muchas se hallaban en edad lozana, fieles á la santidad de sus votos, retroceden á la sola vista del peligro, y cubriendo sus rostros virginales con el velo misterioso, corren á llorar los estravios de aquella generacion delincuente. En España ¿no hemos visto á esas vírgenes heroicas arrostrar la estrechez y hasta la miseria, antes que abandonar el asilo de soledad y de penosas privaciones?" Con estos y otros ejemplos tan filosóficos como evidentes, demostró las ventajas religiosas y morales del celibato del clero católico, en parangon con la facultad de contraer del protestante, y la memoria obtuvo la censura de *sobresaliente*. A esta memoria se refiere Balmes, en la siguiente carta dirigida á D. Antonio Ristol, que le habia escrito desde Barcelona anunciando su viage á Madrid.

"Vich, 15 de Setiembre de 1839.—Sr. D. Antonio Ristol.—Mi estimado amigo: Puede ser que á no tardar se me ofrezca en la corte un negocio de algun interés, y en tal caso no dejaré de aprovecharme de tus ofertas; mas por de pronto solo desearia que de mi parte visitases al Sr. D. Inocencio María Riesco Le-Grand, presbítero, redactor que fué del periódico que se publicaba poco ha en Madrid con el título de *Madrileño Católico*. Con ocasion de una memoria que remití á la redaccion para concurrir á un certámen propuesto sobre el celibato eclesiástico, he entrado en algunas relaciones con el indicado señor, y hasta me ha brindado en ser corresponsal de la sociedad bíblico-católica que va á plantearse en Madrid, y en la que, segun entiendo, él tendrá una buena parte. Segun me decia en su última, recibiré las instrucciones correspondientes para el efecto; y como el tenor de éstas podria dar lugar á algunos incidentes, siempre me será muy útil y satisfactorio el tener en Madrid un amigo como tú, en cuya experiencia y discrecion tenga una prenda de acierto, y en cuyo afecto encuentre una garantía de sinceridad y de celo. Tengo muy adelantado un estenso escrito, muy análogo al objeto que se propondrá, segun parece, la Sociedad. Segun fuera el curso de los asuntos, tal vez trataria yo de imprimirlo en Madrid, bien que antes habia tenido la idea de darlo á luz en Barcelona. Visto el negocio de cerca, tal vez ofreciera mayores ventajas de las que se divisan de lejos, tal vez mayores

inconvenientes. Entretanto, feliz viage, y manda á tu S. S. y amigo—*Jaime Balmes*, presbítero.*

En otra carta anterior le decía: "Tienes firmeza de carácter para continuar tus planes, y secundado por la feliz disposición de ánimo en que te encuentras, no dudo que los llevarás á cabo, recogiendo el pingüe fruto que te habia pronosticado. Cuando volvamos á vernos, cuando volvamos á ennobecernos en aquellas conversaciones que formaban poco ha nuestras delicias, creo que hallaré en tí nuevos títulos para estrechar mas y mas nuestra amistad. Si, amigo. La nobleza del alma, unida al saber y á la virtud, forma un grupo hermoso, á cuyos encantos no es fácil resistir."

Los plácemes de sus amigos y admiradores, las censuras apolo-géticas de la prensa, el voto respetable del Sr. Roca y Cornet, consignado en la *Religion* (12), alentaron á nuestro Balmes para emprender otra tarea mas árdua, mas trascendental, é intimamente enlazada con las cuestiones que entonces se agitaban en el seno de nuestra perturbada sociedad. Aludimos al opúsculo *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*. "La impresion se hizo en Vich (dice Balmes en su *vindicacion*); y á pesar de la oscuridad del punto de publicacion y del autor, hablaron muy favorablemente los periódicos de Madrid de todos los colores, inclusa la *Gaceta*. En la *Revista de Madrid* se publicó tambien un artículo muy favorable, cuyas iniciales me dijeron que eran del Sr. Pidal, actual ministro de la gubernacion. No sé si es verdad: refiero lo que oí entonces." Pero de esto ya tienen conocimiento nuestros lectores; faltan detalles, y los daremos, ya que detalles se desean (*) y detalles ofrecemos.

Entre las varias cuestiones que ocupaban en aquella época la atencion de la prensa periódica y de las cortes españolas, descollaba la de desamortizacion de los bienes eclesiásticos. Balmes, sacerdote, y católico, creyó que faltaria á sus deberes

(*) Dos suscritores muy autorizados nos ruegan en carta del dia 13 del corriente mes de Octubre, "que por Dios publiquemos los pormenores y detalles, por insignificantes que parezcan, porque solo así puede conocerse á Balmes, y porque este es el carácter de las biografías, como con tanta oportunidad da V. á entender en sus hermosas páginas de la primera entrega. Que Balmes era muy sabio, ¿quién lo ignora? Siga V. el rumbo empezado en dicha entrega, y esté seguro de que interpretará los deseos de sus suscritores, de algunos de los cuales somos nosotros eco en estos momentos. Nos atrevemos á hacer á V. esa advertencia por medio de esta carta, porque temimos, al leer al final de la página 26, en el párrafo que empieza *ótras particularidades*, &c., que va V. á callar cosas que en concepto de V. no son interesantes. Dígalo V. todo, y deje esas aprensiones á un lado. En nuestro Balmes no hay nada insignificante. Adelante con la marcha adoptada." Omitimos las firmas que se leen al pié de esta carta porque no se nos autoriza para publicarlas; pero existieron en nuestra redaccion, y se pondrán de manifiesto á los suscritores que lo deseen.

permaneciendo silencioso al ver amenazados los derechos del clero, y salió á defenderlos con esas *Observaciones*, notables por la novedad de los pensamientos, fuerza del raciocinio, esactitud de las conclusiones, precision de los ejemplos. Natural era que un escritor novel y humilde, segun veremos, desconfiase de la obra; pero consultada con su docto maestro y amigo el Sr. D. Jaime Soler, con ese eclesiástico tan venerable como modesto, á quien igualmente somos deudores de señalado afecto, complaciéndonos en ofrecerle ahora este público testimonio de gratitud, quedó admirado, y le instó para que sin pérdida de tiempo imprimiese las *Observaciones*. El dia 1.º de Febrero de 1840 escribió Balmes á Ristol: "Medita bien mi escrito, y cuando nos veamos ó me escribas, me dirás lo que te parece. No sé si será del gusto del público; lo que puedo decirte es, que el aspecto bajo que miro esos bienes, es algo original, y que segun me parece, en nada se semeja á algunas otras producciones de esa clase. Todo es relativo á la civilizacion."

Armado nuestro joven atleta con el escudo de su fé y de su abiduria, desciende á la arena para defender las propiedades del clero, puestas á la sazón en tela de juicio, y objeto de reñidas controversias. Los ministros del santuario tienen derecho á escisir de la sociedad civil una subsistencia decorosa: este derecho lo enseña la misma razon natural, y para demostrarlo no invoca Balmes los cánones de los concilios, las doctrinas de los Santos Padres, los textos de las sagradas letras. Con el libro de la historia en una mano y el fanal de la filosofía en la otra; con la verdad, "que no es mas que un hecho, y las grandes verdades son grandes hechos;" con lógica profunda, estilo fácil y sentencioso, conviccion honda de la justicia de su causa, demuestra el autor la legitimidad de las adquisiciones eclesiásticas, y que de ellas reportaron inmensos beneficios los pueblos. Destruído el imperio romano, presentaba la Europa una mezcla de ferocidad y de cultura; era un lago de sangre (dice), un monton de despojos, de cenizas, de ruinas; y mientras la barbarie difundia por todas partes su influjo desolador, la religion inspiraba la suavidad, la mansedumbre y la ternura de sentimientos, "ora haciendo resonar los robustos acentos del harpa de David, ora los plañidos de la virgen de Sion, ora la formidable trompa de los profetas tronando en nombre del Omnipotente, y amenazando con terrible venganza al cruel, al opresor, al injusto." En aquellos tiempos todas las esperanzas de los pueblos se hallaban encerradas en manos de la Iglesia: á la sombra de la religion, al silencio de los monasterios refugiáronse azoradas las ciencias, huyendo de aquella conflagracion universal. He aquí el origen de las riquezas, da

los privilegios, de la preponderancia del clero; "porque siempre que se hallan encarados el vicio y la virtud, la ignorancia y el saber, la barbarie y la civilizacion, las clases que se aventajan á las otras en calidades estimables, se encontrarán mas ó menos tarde con las riquezas, los honores y el mando en sus manos. Estas son las eternas leyes de la naturaleza y de la sociedad."

Las adquisiciones eclesiásticas respetadas por los bárbaros del Norte, fueron el mas poderoso, si no el único elemento de salvacion para la hacienda particular, porque los sacerdotes empleaban sus tesoros en formar establecimientos agrícolas, socorrer á los desvalidos, erigir hospitales, dulcificar las costumbres de aquellas gentes rudas y feroces, que acostumbradas á usurpar batallando y á conservar venciendo, desconocian esencialmente el derecho de propiedad. La misma opulencia del clero auxilió al débil pueblo contra el prepotente feudalismo, á cuyas riquezas, castillos y blasones oponíale suntuosos monasterios, magníficos templos, admirables archivos. Dióse en Alemania el grito de revolucion religiosa, y las doctrinas de Lutero halagaron á la insensata muchedumbre, retardando el progreso de la cultura europea, tan adelantada ya. El cebo de las depredaciones contribuyó á la propagacion del protestantismo, porque dueños los príncipes seculares de los bienes de los obispos, abadías y monasterios, era el medio mas á propósito para que las máximas del heresiarca alcanzaran prosélitos. La república francesa del siglo pasado adoptó esta doctrina, y en España casi sucedió lo mismo en algunos periodos de su actual revolucion. Prosigue el autor diciendo, que "si la Iglesia puede ser despojada de su propiedad, tampoco está segura la de los particulares; que si como asociacion no tiene derecho á adquirir ni á poseer, tampoco puede adquirir ni poseer el Estado, puesto que es una asociacion como la Iglesia; que despojada el clero de sus bienes, ni se aumentará la riqueza pública, ni prosperará la agricultura, ni mejorará la posicion de las clases mas numerosas; y que si nuestros hombres públicos se empeñan en cerrar los ojos á la luz, por mas que haya sufrido la generacion que acaba, quizás tendrá poco que envidiar á la generacion que comienza."

He aquí el sucinto análisis de las *Observaciones*, tal como creemos que á nosotros cumple, porque descender á comentarios y razonamientos, seria traspasar los límites que nos trazamos. Preciso es, sin embargo, reconocer que Balmes en esta época no era purista, y que en el lenguaje del opúsculo hay ciertos modismos é incorrecciones que revelan el origen catalán del autor. Su estilo epistolar tampoco era entonces muy esmerado. Sin pensarlo nos hemos

convertido en críticos, aunque esto prueba que no somos ciegos apologistas. Con fecha de 3 de Mayo del mismo año 1840, escribia Balmes á su amigo Ristol, que se hallaba en Madrid, la siguiente carta:

"Mi querido amigo: De un dia á otro ha de llegar la remesa de 200 ejemplares de mis *Observaciones*, á esa capital: van dirigidas al impresor D. Eusebio Aguado. Quizás no te seria difícil hacerlo anunciar en algun periódico, ó de los religiosos ó de los políticos. Cabalmente ahora que va á ser ventilada esa cuestion en las córtes, me parece que la ocasion es oportuna. Te pido muy encarecidamente que me escribas como buen amigo el juicio que de mis escritos forman los inteligentes. Háblame como amigo, no me engañes, porque el engaño en tales materias es una especie de traicion. ¡Cómo debes esplayarte por esa capital! Siento que no podamos dar juntos algunas vueltas, que no podamos hablar largo sobre tantas cosas como se nos ofrecerian á la observacion. Me consuela, no obstante, un pensamiento, y es que á tu vuelta ya tal vez me encontrarás en Barcelona. No te se ocultan los motivos que á ello me inducen, y tú mil veces me los has pronosticado y aconsejado. Cuando estuviste en esta (*Vich*), ya recordarás que hablamos muy largo; pero ahora ya desearia hacerlo mucho mas: pues ¿qué sé yo? encuentro en tu trato cierta cosa que me agrada, y se me deslizan las horas de conversacion tan suavemente, que no parece que corre el tiempo. Pero cabalmente tiempo ha que nos vamos en deseos, y nuestra posicion y circunstancias nos tienen separados; sin que podamos vernos sino á trechos, y muy distantes. Dirásme que hay el medio de las cartas: pero ¿qué puede uno decir en una carta? Ya ves que en esta ando algo largo; pero te aseguro que no te digo ni una centésima de las cosas que quisiera decirte. Paciencia. Si algun periódico tomase en consideracion mi pobre escrito, ya sea para favorecerle, ya para impugnarle, te estimaré me lo escribas, y si fuese cosa muy notable, desearia que me remitieras el número. Adios, mi querido amigo.—*Jaime Balmes*, presbítero."

Ristol cumplió los encargos de su amigo con el celo que era de esperar, y demuestra la contestacion cuya copia nos ha facilitado. De ella trasladamos los siguientes párrafos: "He visto al Sr. Martínez de la Rossa, y le he entregado tu opúsculo para que lo censurase y tuviese la bondad de decirme su parecer. El asunto ha llamado su atencion, por estar enlazado con cuestiones que cabalmente en estos dias se discuten en el parlamento. Como yo voy todos los dias á las sesiones, no puedo explicarte la viva emocion

que ayer sentí cuando vi al Sr. Martínez de la Rosa en el salón de córtés rodeado de los Sres. duque de Gor, Toreno, Pidal y otros diputados distinguidos, leyendo y elogiando con entusiasmo tu escrito. El amigo Perpiñá, que también te escribirá hoy ó mañana, me ha dicho que preguntado Martínez de la Rosa qué le había parecido de tu folleto, ha contestado:—Magnífico; me ha gustado mucho; no puede darse cosa mejor para el objeto: hay novedad en las ideas, y tiene cierto sabor agradable. Pero observo algun resabio, y algunas veces una *a* intercalada, y alguna otra cosilla, que será efecto tal vez de ser catalán el autor. Le he dado á leer al Duque de Gor con particular recomendacion. Este novel escritor es un eclesiástico muy digno, y es preciso darle á conocer.—Al señor ministro de gracia justicia le ha gustado tambien en extremo; pero encuentra igualmente algun resabio, y el uso de algunos verbos no muy propios, y sobre todo, el de la *a*, que suena muy mal. El mismo defecto le han notado otros señores. Como me tienes tan encargado (y aunque así no fuese, ya conoces mi carácter natural y enemigo de adulaciones) que sea franco y te diga la verdad pura y neta, porque como dices muy bien, el engaño en estas materias es una especie de traicion, cumplo tu encargo, y me parece que no te quejarás de falta de sinceridad. Te doy el mas tierno parabien, y me lo doy tambien á mí mismo, porque ya recordará que te pronostiqué tiempo ha que tú debias ser escritor público.”

Los periódicos de Madrid y la *Religion de Barcelona* (13) tributaron merecidos elogios al autor de las *Observaciones*, y alentáronle á continuar estudiando y escribiendo entre los arrullos de su naciente celebridad. El *estado financiero* de Balmes (así se lee en una carta suya que tenemos á la vista) era próspero, porque á la dotacion de su cátedra, á la pequeña renta del beneficio eclesiástico, á los emolumentos por razon de conferencias y lecciones particulares, reunió ahora los productos en venta de sus *Observaciones*. Contemplábase feliz, y revolvía en su ardiente imaginacion el pensamiento del *Protestantismo comparado con el Catholicismo*, “durmiendo (decia), comiendo, y enseñando y paseando con ese pensamiento. Era mi sueño dorado, mi ilusión, mi esperanza en este mundo.” Otro opúsculo escribió Balmes en 1840 que nos ocupará mas adelante, y además la traducción de las *Máximas de San Francisco de Sales distribuidas para todos los dias del año* (*). Espisca

(*) Se imprimieron en Vich por D. Ignacio Valls, año de 1840; pero el traductor no dió su nombre. El Sr. D. Jaime Soler ha tenido la bondad de regalarnos un ejemplar que tenemos á la vista. Lastima que este precioso libro sea tan poca conocido.

el Sr. canónigo Soler el origen de esta traducción en los términos siguientes:

“En el año 1840 pedí al Dr. Balmes una gracia literaria, por espresarme así, que me fué concedida al momento. Yo deseaba que las máximas entresacadas de las obras de San Francisco de Sales fuesen traducidas á nuestro idioma para provecho de las almas. No hice mas que entregarle el impreso francés, y al cabo de muy pocos dias me lo devolvió traducido, sin querer darlo á la imprenta hasta que los dos hubiésemos discutido la traducción con presencia del original. Acerca de la máxima 25 del mes de Enero, que dice así: *nuestro temor con respecto á los juicios de Dios debe graduarse de manera que ni consienta presuncion ni cause desaliento*, estubo un buen rato redondeándola para espresar todo el pensamiento del santo sin desfigurarle en lo mas mínimo, y tampoco quiso escribirla para la imprenta hasta que hubiese dicho mi pobre parecer. Estas pruebas, y otras que indico en los adjuntos apuntes, demostrarán á V. (el Sr. Soler se dirige al autor del presente libro) y acreditarán á los que creyeren lo contrario, que mi querido amigo y discípulo el Dr. Balmes, tenia á los demas en concepto, y deferia á su dictámen si lo encontraba arreglado: en una palabra, que era humilde.”

Precede á las *máximas* un breve prólogo del traductor español, quien despues de elogiar el don especial de San Francisco de Sales para conocer los secretos del corazon del hombre, “advertirle todos sus deslices, no perdonarle nada, no disimularle nada, y sin embargo no ofenderle, no esquivarle, hermana la austeridad de la moral con la dulzura mas embelesante: cubriendo la esperanza del camino del cielo con las flores del divino amor, arrastra dulcemente las almas por el sendero de la perfeccion, y hechizadas por la palabra angelical de aquel hombre, cuyo pecho está lleno del espíritu de Dios, cuyos labios destilan la uncion del Hijo de María, parece que nada encuentran áspero, nada difícil, nada que no sea muy llano y hacedero. ¿Quién no se ha saboreado algunos ratos en la lectura de sus escritos encantadores? ¿Quién no ha buscado en ellos el consuelo en los infortunios, la fortaleza en las tentaciones, la calma en las inquietudes, la luz en las tinieblas?”

El orden cronológico esige ahora que hablemos de las *Consideraciones políticas sobre la situacion de España*, procurando, como hasta aquí, reunir todos los antecedentes y datos análogos al objeto, para que nuestros lectores adquirieran un conocimiento exacto de las incidencias y particularidades ocurridas en cada periodo. “Terminada la guerra civil (dice Balmes en su *vindicacion*), me fuí

á Barcelona, donde en medio de las revueltas de que era teatro aquella capital, y en los mismos dias en que era asesinado y arrastrado un jóven que llevaba mi apellido (el abogado D. Francisco), imprimí y publiqué un folleto titulado: *Consideraciones políticas sobre la situacion de España*. Muchos que ahora la echan de valientes (Balmes escribió esto en 13 de Agosto de 1846), no se hubieran atrevido, seguramente, y menos en Barcelona, á publicar semejante escrito, en que condenaba terminantemente la revolucion, y en que manifestaba francamente mi opinion sobre todas las materias, encerrando allí, en pocas palabras, toda la sustancia de lo que despues he desenvuelto en el *Pensamiento de la Nacion*. No tenia ninguna defensa, y hasta mi estado podia prevenir contra mi persona: publiqué, sin embargo, el escrito, no obstante los consejos y hasta los ruegos de las personas que mas me querian. Todos sabemos lo que sucedió entonces; con algunas escepciones honrosas, los comprometidos echaron á correr cada cual por su lado. Bien atestiguado está en el manifiesto de la reina Cristina en Marsella, donde se lamenta del abandono en que se la dejó. Yo no defendí á la reina Cristina, porque me ocupó muy poco de las personas; pero defendí los buenos principios religiosos y monárquicos, defendí la necesidad de que fuese regente una persona real, no obstante de que se veian bien á las claras, &c."

Efectivamente, necesitaba el escritor gran presencia de espíritu, profunda conviccion, ciega fé en sus *Consideraciones* al lanzarlas en medio de la agitada Barcelona, no para añadir (como equivocadamente creyeron algunos) combustible al volcán, sino para extinguirlo, ó disminuir á lo menos su violencia. No recordamos aquella época desventurada con objeto de escitar odios y recriminaciones. ¿A qué detenernos en referir sucesos que nosotros presenciámos, á qué renovarlos y contristar á nuestros lectores, cuando nos faltan lágrimas para llorar otros mas recientes, quizá los de ayer, tal vez los de hoy, y ojalá que no los de mañana? El escrito de Balmes, que si por su volúmen puede calificarse de opusculo, es en su fondo una obra maestra y consejera de los hombres destinados á regir esta nacion infortunadísima, pinta el carácter general de sus individuos, y recorre las vicisitudes por que ha pasado desde la famosa lucha de la *Independencia*; establece sobre bases sólidas un sistema gubernativo, alejando los obstáculos que hasta hoy han impedido la buena administracion pública; demuestra que los dos robustos principios, los dos polos de la órbita política española, son el catolicismo y la monarquía; que llevando escritas en su glorioso lábaro las sacrosantas palabras "Rey, Patria y Religion," humillaron nuestros

bisños ejércitos al héroe de Marengo, Austerlitz y Jena; que la impiedad y la anarquía levantarán su erguida frente si el Trono y la Religion no se prestan mútuo y eficaz apoyo. Los inesperados y casi fabulosos acontecimientos europeos de nuestros dias, han confirmado el vaticinio del ilustre publicista; quien limitándose á España, pronostica revueltas, disensiones y males sin cuento aun despues de obtenida la paz á consecuencia del abrazo de Vergara. Es preciso refrenar las enconadas pasiones, abandonar el espíritu de intolerancia, mejorar el sistema económica, hermanar los grandes principios sociales con la justicia, la razon y la buena fé. "Estas son las palabras (concluye) que debe escribir el gobierno en su bandera; este es el polo que nunca debe perder de vista; y por lo demas, debe alzar velas con entera confianza y arrostrar los bramidos de las pasiones que se agitan en su torno. Dejar á los partidos que clamen; bien pronto parecerán miserables insensatos que se arrojan al mar en pos de un navío para detenerle en su marcha. Gritarán, prodigarán dicitrios y amenazas; pero la nave proseguirá magestosamente su camino, y ellos tendrán que volverse de nuevo á la orilla, y murmurando de despecho, desaparecerán de la escena: que no es el acaso quien rige los destinos del mundo. Dios vela sobre la suerte de los individuos y de las naciones, y su benéfica y omnipotente mirada suele fijarse sobre el infortunio."

Basta á nuestro propósito este ligero análisis de un opusculo revelador del filósofo, del publicista, del atleta que pisa por primera vez el estadio resbaladizo de la política, y marcha firme y resuelto á luchar y á vencer. Para la impresion de las *Consideraciones* hizo Balmes un viaje á Barcelona, y allí contrajo amistad con el literato Roca y Cornet. Oido su voto tan competente, determinó publicarlas desde luego, pasando en compañía del mismo Roca á la imprenta de D. José Tauló. Despues de haber conferenciado sobre el modo de realizar la impresion, conciliando los intereses materiales con los literarios, la cedió á Tauló, recibiendo de éste 80 duros y estipulándose una parte en los beneficios. Ya en Vich habia pedido consejo al doctor magistral, y en los apuntes que ha tenido la bondad de facilitarnos se lee el siguiente párrafo:

"Otra prueba de la humildad de Balmes, y esta muy profunda, me la dió cuando trataba de imprimir las *Consideraciones políticas*. Vino á encontrarme una tarde, ya bastante caido el dia, y me dijo:

"Pido á V. un favor.

"Concedido, le contesté.

“Tome V. este manuscrito: lo ha de leer V. hoy; mañana temprano volveré á saber su opinion.

“¿Está V. loco, amigo Balmes? le repiqué. ¿Cómo quiere V. que lea ese volúmen en tan poco tiempo, que medite su contenido y que dé mi dictámen? Haré, sin embargo, lo que pueda, y solo para servir á V., á quien tanto estimo.

“Gracias, Sr. canónigo, ya esperaba yo esa contestacion. Cuando tengo tanta prisa, prueba de que existen motivos para ello. Verá V. que me he metido á político, y en política hay muchas cuestiones de oportunidad y del momento.

“Leí toda aquella noche (continúa el Sr. Soler), y confieso que cuanto mas leía, mas asombrado quedaba. Al dia siguiente vino Balmes muy temprano, y teniéndole estrechado entre mis brazos le dije: es tanto lo que me ha gustado ese manuscrito, que no solo lo juzgo digno de la luz pública, sino que si yo fuese confesor de V. y debiera imponerle una buena obra para satisfaccion de sus faltas, la penitencia seria: imprima V. ese manuscrito. Una cosa, no obstante, le he de advertir. Suplico que temple cierta expresion que me parece recibirá mal un partido político. Y no porque haya falta de verdad en ella, sino por la acrimonia con que está dicha; motivo, á mi ver, bastante para ser desechada su doctrina. Supongamos, le decía, que lea esto el Sr. Argüelles: á mi ver, se incomodará, y esto podría ser impedimento para conseguir lo que V. intenta. Mire V., querido Balmes, que en medio de ese choque de encontradas opiniones, va V. á ser lo que una columna levantada en un parage público, que tendrá tantos puntos de contacto, cuantos sean los de circumferencia; y puesto que va V. á arrojar ese opúsculo en medio de la España, hoy tan agitada, es preciso hacerlo de manera que los españoles se convezan por la fuerza de la verdad y sin que ninguno se crea aludido ni zaherido.—¿Quién lo diría, Sr. D. Jaime, quién lo diría (repitió Balmes con una sonrisa muy significativa y fijando en mí sus brillantes ojos), que un capellan abogase por un liberal del temple del Sr. Argüelles!—Y en seguida cogió la pluma, y corrigió la frase en los términos que yo le habia indicado.”

Conociendo ya nuestros lectores las estrechísimas relaciones, el entrañable cariño que Balmes y Ristol se profesaban, natural era que éste fuese sabedor del pensamiento de su amigo. Efectivamente, se lo consultó y fué aprobado por Ristol. Impresas las *Consideraciones* escribióle su autor la carta siguiente:

“Vich, 11 de Setiembre de 1840.—Señor D. Antonio Ristol.—Madrid.—Mi querido amigo: Acabo de trasladarme á esta por una tem-

porada, que será mas ó menos larga, segun se presenten las cosas. Habrás recibido las *Consideraciones* políticas, de las cuales regalara un ejemplar á los Sres. Toreno, Patiño, Martinez de la Rosa, Obispo de Astorga, Borrego, Perpiñá, La Sagra, Gironella, Bardají, Marqués de Viluma, Carbonell y Pidal, tomando, como se supone, el primero para tí. Mucho me gusta el que no te olvides de la circunstancia de que las *Consideraciones* se publicaron en Agosto en Barcelona, pues que esto puede indicar varias cosas, y entre ellas que yo no ando á escondidas, sino que pienso con independencia y me espreso con libertad. Sobre todo, lo que se ha de cuidar es que no parezca que el libro corre á escondidas, pues en tal caso, podrían algunos sospechar si es obra de partido, cosa que dista mucho de la realidad, pues en todo el escrito reina sobrado el espíritu de imparcialidad. Hay algunas verdades duras, y para todos los partidos; pero, amigo, son verdades, al menos á mí me lo parecen, y yo no adulo á nadie. Desearia que si es posible fondeases si en política hay algunos que se hayan resentido, pues quizá no falten de éstos aun entre los moderados. Al menos nadie podrá negar que si ataco opiniones, respeto profundamente las personas; en esta parte nadie podrá quejarse, desde el carlista al republicano. Es escusado decirte que deseo que me digas con toda franqueza la opinion de los inteligentes sobre este mi nuevo ensayo; ya veo que en las *Observaciones* se han portado como amigos, pues aunque me has enviado noticias muy lisonjeras, todas han venido, digámoslo así, con documentos justificativos, y ademas el Sr. obispo Torres Amat, me ha enviado el parabien; el señor Palou, oficial de la secretaría de la guerra, ha escrito á Mosen Pedro Alíer hablando de mi escrito con mucho entusiasmo, refiriendo, en sustancia, lo mismo que tú me decias, y aun mas; Moner me ha escrito trascribiéndome unas palabras que le dice Faiges en una carta desde esa capital, refiriéndose á lo que habia oido en el Ateneo; palabras que no me atrevo á copiar, porque son locuras que solo se pueden pronunciar en un momento de entusiasmo. Pero en fin, por mas escagerado que sea todo esto, siempre manifiesta que la cosa ha sido bien recibida. Conozco bien, y lo repito, que me convienes ahí, porque ¿quién es capaz de tomarse el interés que se toma un amigo, y un amigo como tú? Tales son las diligencias que veo que practicas, tal la alegría con que me escribes, que no parece sino que te identificas conmigo como si se tratara de tus mismos intereses. Tú dices que en escribiéndome no aciertas á soltar la pluma: yo sí que puedo decirlo con respecto á tí, pues que siendo tan perezoso como sabes de escribir, te fatigo con estas cartapacios. Amigo, te has de

resignar á escribirme con frecuencia. No hay remedio: has de hacerlo así; no admito excusas. Adios, que esto seria nunca acabar. Tu yo.—Balmes.”

Ya en este tiempo tenia muy adelantada su obra del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cuyos trabajos interrumpió 15 dias para compouer la *Religion demostrada al alcance de los niños*. “Mi ánimo (dice en la advertencia) no es escribir un catecismo de doctrina cristiana, ni un compendio de la Religion: solo me he propuesto llenar un vacio que se halla en la enseñanza de los niños. Salen de la escuela para entrar en una sociedad distraida y disipada, cuando no incrédula é indiferente, y no encuentran en su entendimiento luces para sostenerse en las creencias de nuestra religion sacrosanta.” Habla el autor, de la existencia de Dios, de la espiritualidad é inmortalidad del alma, de la divinidad de la religion cristiana, de la falsedad de las sectas separadas del catolicismo, de la necesidad del Sumo Pontificado, de la autoridad de la Iglesia, y de las máximas que debe tener presentes el cristiano cuando se le proponen argumentos contra su religion. Dicho se está que en una obrita dedicada á los niños, todo el empeño del escritor debe quedar reducido á que esos mismos niños comprendan la razon de nuestra fé, “para que no sea estéril semilla, é no se la lleve el viento al primer soplo.”

Acomodando á la escasa comprension del niño las doctrinas y principios católicos, emplea Balmes unos ejemplos tan felices, un estilo tan natural, una erudicion tan selecta, un método tan nuevo, que adoptado por los maestros, “les ahorra trabajo, y proporciona además la ventaja de encontrar, compendiados en breves lecciones, los fundamentos de nuestra religion, al paso que suministra armas á los discípulos para defender su fé, si no en la conversacion, en el santuario de su conciencia.” Y es digno de tenerse presente que algunas de las materias ligeramente indicadas en la *Religion*, fueron despues objeto de profundo ecsámen en las otras obras. Balmes escribia entonces el *Protestantismo*, y fijos en su mente los execrables errores de Lutero, de Calvino, de Socino, consagra tres capítulos á la refutacion de las doctrinas heréticas, y hace dialogar á un protestante y un católico con tal maestría y fuerza de raciocinio en las dificultades y en las respuestas, que casi se ven epilogadas todas las aberraciones, todos los sofismas de la secta reformada, á fin de que el catolicismo salga triunfante y brille con luz mas pura despues de haber pasado por el crisol de la controversia. “Tiene razon Balmes de que su libro, aunque escrito para niños, “no dejará de ser provechoso á los adultos.” En la *vindicacion* se lee:

“No he acudido yo jamas al consejo de instruccion pública para que recomendase una obrita mia titulada *La Religion demostrada al alcance de los niños*, y sin embargo, hete aqui que ya estoy á la tercera edicion, y me inclino á creer que no está lejos la cuarta.” Desde el año de 1846 hasta hoy, se han hecho tres ó cuatro ediciones.

La enseñanza de las matemáticas y el retiro de Vich ya no se acomodaban á las inclinaciones de Balmes. El viage á la culta y opulenta Barcelona; el espectáculo de sus templos, de sus bibliotecas, de sus academias, de sus establecimientos industriales; el trato con los sábios mas famosos de aquella capital; el incentivo de la gloria, el deseo de aumentar su celebridad, creciente ya; los consejos de sus amigos, las miradas del público, las palabras “este es Balmes,” que al celebrar la misa, al pasar por una calle, al visitar una librería resonaban en sus oidos, despertaron esos instintos, naturales é irresistibles, pero nobles y dignos, que enaltecen al hombre insigne sobre los demas. La emulacion, no la envidia; la prudencia, no el orgullo; los sentimientos sublimes del filósofo verdadero, no los pueriles delirios del mentido sábio, inspiraban á Balmes. Rey, Bofarull, Zafont y otros catalanes coetáneos y eminentes, servíanle de estímulo y de ejemplo. En Barcelona podía tener mas competidores que en Vich. Así creen los talentos, con la emulacion. Las atabanzas de Herodoto formaron un Tuedides; sin Leibnitz no fuera tan célebre Newton, ni Racine sin Corneille. Aunque en escala inferior y diversa, tambien Avellaneda estimuló el genio de Cervantes, Mañer el de Feijóo, Marquina el de Isla. Antes de regresar á su país, mereció Balmes que la antigua y distinguida academia de buenas letras de Barcelona le admitiese por uno de sus socios numerarios, á propuesta de Roca y Cornet. El dia 10 de Marzo de 1841 recibia ésto la siguiente carta:

“Estimable amigo: Mucho me ha sorprendido la satisfactoria novedad que V. me comunica, no porque dude de la fina amistad de V., sino porque no podía fácilmente persuadirme que esa respetable academia llevase tan adelante su indulgencia: le doy á V. las gracias mas espresivas, y espero que interin recibo el diploma, que se presentará á recoger mi amigo D. José de Rivera, se adelantará V. á dárslas á los señores que han rotado mi admision, quedando V. tendrá la bondad de insinuarme. Soy de V. afectisimo amigo Q. B. S. M.—Jaime Balmes, presbítero.”

Su talento creador y original le inspiró la disertacion que en cumplimiento del turno remitió posteriormente á la academia. El

asunto es en realidad digno del autor; lo caracteriza, lo ensalza; revela el don de que está lleno; es sobre la *originalidad*. Nos consta que el cuerpo académico recibió con placer y con admiración esta *memoria* singular y brillante; la admitió como un preludio de las glorias de su dignísimo miembro; la guarda como un recuerdo de su privilegiada inteligencia; pasará á nuestros hijos como un tesoro de doctrina, de elegancia y de *originalidad*.

La salud de Balmes empezó á resentirse de tanto estudio y tantas vigiliias. "Sufrió una catarral (dice el profesor de medicina Campá en los apuntes que tenemos á la vista) con algunos síntomas que indicaban la mucha susceptibilidad de sus órganos respiratorios; tales fueron tos, dificultad de respirar, opresion de pecho; habiendo tardado muchos dias en quedar libre de calentura, y tambien en recobrar el apetito. Esta indisposicion le alarmó algun tanto, y aprovechándose de esta circunstancia, le convení de la necesidad de moderar su trabajo, de pasear todos los dias un rato, y sobre todo, de no trabajar inmediatamente antes y despues de la comida, como tenia de costumbre. Por una larga temporada siguió este método con notable ventaja de su salud; pero creyéndose despues suficientemente robusto, se entregó otra vez á sus trabajos literarios con mayor ardor y asiduidad que antes." A la misma indisposicion se refiere el paciente en la estensa carta dirigida á su fiel amigo Ristol, que merece insertarse aqui.

"Vich, 19 de Mayo de 1841.—Sr. D. Antonio Ristol.—Madrid. —Amigo: Tu apreciada carta me encontró en cama con fuerte calentura, y por esto he diferido la contestacion. No sé cómo darte las gracias por la diligencia suma con que cumples mis encargos. Veo que los Sres. Aribau y Le-Grand son de parecer que vaya á esa: no me faltan ganas; pero si no es posible hacer alguna combinacion para imprimir la obra (*el Protestantismo*) del modo que yo deseo, no me será dable verificarlo por ahora, porque en tal caso ¿qué vengo yo á hacer? ¿A pasear? Pero ya ves que el tiempo no es á propósito, y ademas gasto 200 ó 300 duros sin compensacion alguna. A ver si Aribau podrá hacer algo; puedes estar seguro que lo deseo sobremanera. Este señor cuando me aconseja que vaya á esa, me dice que en la corte tendré mas medios de conciliar *otium cum dignitate*. Cabalmente á mí me parece todo lo contrario, porque no acierto á ver qué es lo que me podria proporcionar semejantes medios. Y no es que no columbre algo; pero tan lejano, tan incierto.... Yo desearia que tú que sabes mi posicion, tú que me conoces á fondo, me ilustrarás, y con toda libertad, porque ya sabes que yo confío mucho en un buen amigo, de quien

tengo pruebas harto abundantes de que por ningun motivo querrá engañarme; quisiera que tú me diceses explicitamente tu voto, fundándole en lo que á tí bien te pareciese: creeme; este voto es para mí de peso. Bien puedes conocer que mi perplejidad viene de lo siguiente. En esta tengo algo; en esa tal vez no tendrá nada: en esta no me falta para vivir con desahogo; en esa, habiendo de viajar y luego vivir con decencia y comodidad, consumiré gran parte de mis escasas caudales. ¿Y qué me importará entonces el haber conseguido ventajas en algun sentido si mi posicion *financiera* ha empeorado? Estoy aguardando con ansia tu contestacion á estas reflexiones; mucho me prometo de tu fina discrecion y de tu ardiente celo por mi bien. Se va aproximando el verano, y yo quiero pasar sin dilacion á imprimir la obra, y quiero hacer la impresion ó en Barcelona ó en Madrid. Desearia, pues, que hablando tú mismo, si menester fuese, con algun impresor acreditado ó con otras personas inteligentes, supieses decirme si, en el supuesto de ser ya mis escritos un poco conocidos, podria yo contar con algunas condiciones razonables; y en todo caso, así, como se dice, á bulito, cuáles podrán ser estas condiciones. Creeme, mi querido Ristol; la idea de pasar una temporada contigo en Madrid, me encanta tanto, que si posible fuera haria un esfuerzo para verificarlo. ¿Qué paseos echariamos! ¿Qué largas charradas!—Pongo en tu noticia que sin instarlo yo ni saberlo siquiera, la Academia de buenas letras de Barcelona me ha nombrado socio, segun me escribió Roca y Cornet. Tambien recibí oficio del secretario del Ateneo, dándome las gracias por el ejemplar de las *Consideraciones*. Andas tan conciso en tus cartas, que parece que te se pega algo de diplomático. Hombre, aunque en la corte, acuérdate de estos pobrecitos montañeses. Dirásme que estoy de broma; pero de un modo ó de otro me he de desahogar. Todos los amigos os vais, y me dejais sin piedad en este oscuro rincon.—Ahora, en el desempeño de la comision que encargo sobre la impresion de mi obra, voy á conocer si de veras quieres que vaya á Madrid. Mucho depende el éxito del modo con que se presente la cosa; del uso diestro que se haga del poco ó mucho éxito que tuvieron mis escritos, incluso el discurso sobre el celibato del clero, notado de *sobresaliente en el certámen del Madrileño Católico*; del recuerdo de que es regular que el autor haya procurado hacer mayor esfuerzo en una obra de mayor estension, y sobre un asunto tan vasto, cual es el comparar el Protestantismo y el Catolicismo en sus relaciones con el progreso del espíritu humano y de la sociedad; todo esto y muchas otras cosas que á tí te ocurrirán, pueden hacer que se presente la cosa

bajo un aspecto mas ventajoso. Tambien para tu gobierno debo advertirte que en estos casos suelen hacerse tratos muy varios. En el supuesto de que el autor no quiera adelantar el capital, como es claro que yo no lo querré hacer, á veces se convienen en que se tirarán tantos ejemplares á beneficio del autor y los demas á beneficio del impresor; á veces se conviene en que el impresor se reintegrará los gastos de la impresion con la venta de los primeros ejemplares que se despachen, y luego se reparte la ganancia líquida entre el impresor y el autor, ó bien á partes iguales, ó bien quedando á favor del autor mayor parte, &c., &c. Ya recuerdo lo que me escribiste sobre la carestia del papel: esto debe tenerse tambien presente; y para andar mas seguro, venia mejor que te informases una obra de tal estension cuánto podria costar entre todo, impresa en tal forma, en tal papel, tirándose 1.000 ó 1.500 ó 2.000 ejemplares, &c., &c. Para que veas que la cosa va de veras á mas no poder, tambien deseo que me informes, para formar mi presupuesto, de si es muy costoso el viage, hecho, como se supone, con toda comodidad; de si es muy costoso el permanecer en esa, y hasta de cuál es el traje usado entre los de mi clase que quieren presentarse aseados con toda decencia sin olvidar lo sagrado del carácter. Ya se deja suponer que en tal caso, y no mediando inconvenientes imprevistos, desearia que pudiésemos vivir juntos, y hasta que al volver pudiésemos volver juntos. No fuera tampoco extraño que nos uniéramos para alguna otra excursion que tengo semi-proyectada á algunos otros puntos, y entonces con el lapicero en la mano tú y yo, haríamos trabajo doble para sacar notas que necesito para mis tareas. No puedo esperarte lo que me embelesan estos pensamientos; ya puedes conocerlo: no acierto á soltar la pluma de la mano, y siendo tan perezoso de escribir como tú sabes. Me hallo ya restablecido; pero no ha dejado de costarme trabajo. Los facultativos me han ordenado severamente descansar algunos dias, y así lo cumplo. Voy á concluir: me prometo de tí una carta llena de datos, abundante de reflexiones, juicios y consejos prudentes. Rectifica mis equivocaciones, disipa si padezco alguna ilusion, hazme conocer la probabilidad ó improbabilidad de buen éxito; en una palabra, contesta como sueles á este tu afectísimo amigo.—*Jaime Balmes*, presbítero."

Ristol aconsejó al escritor que imprimiese su obra en Barcelona, donde los gastos serian mas moderados que en Madrid. Balmes siguió este consejo, y á las cuatro de la tarde del dia 8 de Julio de 1841, el autor del *Protestantismo* entraba en la capital de Cataluña para domiciliarse allí: su familia le habia precedido ya. *El pá-*

jaro enjaulado pudo abrir la puerta de su encierro, y se preparaba á volar por la inmensidad del espacio.

Recordarán nuestros lectores que en dicha capital publicaba D. Joaquin Roca y Cornet una revista intitulada la *Religion*. Balmes y su antiguo amigo D. José Ferrer y Subirana, abogado, catedrático de la universidad de Barcelona, jóven de gran capacidad y digno competidor de aquel en determinadas materias, concibieron el pensamiento de fundar un periódico grave, que abarcando en su estenso ámbito la religion y la sociedad, comprendiese asimismo la política y todos los elementos de civilizacion. Roca y Cornet, cediendo á las invitaciones repetidas de Balmes y Ferrer, tuvo la generosidad de compartir con ellos su gloria y hasta sus intereses. Cesó, pues, la *Religion* y empezó á publicarse la *Civilizacion*, periódico quincenal, que mereció los elogios de todos los partidos políticos, y grangeó á los tres redactores, Balmes, Roca y Ferrer, digno renombre y unánime aplauso. Continúo la *Civilizacion* hasta el año 1843 (y permitásenos que alteremos, aunque por necesidad, el orden cronológico rigurosamente observado en la narracion principal), completando en sus 31 números tres tomos regulares. Pero Balmes sin haber mediado entre los tres colaboradores la menor queja y sin previo aviso, se separó de Roca y de Ferrer para publicar él solo otro periódico, intitulado la *Sociedad*. Duélenos en el alma descender á estos pormenores; pero es trance inevitable: los leemos sin discrepancia alguna en varios apuntes que existen en nuestro poder, firmados por personas respetables; faltárimos á la severidad histórica y á las promesas consignadas en la *introduccion* de este libro, mereceríamos la nota de parciales y hasta la de falsos, si por consideraciones mal entendidas callásemos ó nos empeñáramos en desfigurar la verdad: *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

La inesperada separacion de Balmes produjo una sorpresa fatal en su amigo Ferrer, con quien habian mediado íntimas relaciones desde la niñez. Roca y Cornet, respetando las miras de Balmes al publicar por sí solo otra Revista, contribuyó á la reconciliacion de los dos amigos; pero tales reconciliaciones no suelen ser completas, y siempre queda allá en el fondo del corazon del amigo ofendido por otro amigo, una zozobra, un malestar que se sienten y no se explican: el dardo cae; la herida subsiste. "Ferrer se alteró visiblemente, y murió en Diciembre de 1843 como un filósofo cristiano."—"Si la imparcialidad es condicion necesaria de la historia, debe V. consignar en la de Balmes (y en esto ni se ofende su memoria ni nadie podrá tener motivos de queja, porque la verdad

siempre es una, y no hay ningún hombre, por grande que sea, que no haya tenido algun deslíz ó imperfeccion), que se condujo no muy bien con Ferrer y Subirana, á pesar de su antigua amistad y de otras consideraciones."—"El fallecimiento infeliz y prematuro de Ferrer, muy cristiano, estremadamente pobre y honroso; esta innerte y la modestia del Sr. Roca, impiden la narracion de algunas diferencias que mediaron entre los tres amigos, y produjeron la conclusion de la *Civilizacion* y el principio de la *Sociedad*. Creo bien que el Dr. Balmes no tenia la razon de su parte; pero tampoco me admiro cuando leo en la Santa Escritura que riñó San Pablo con otro santo, y permanecieron santos ambos. Lo cierto es que Dios, cuyos secretos son un abismo, ha llevado consigo dos almas grandes, depositando en un mismo cementerio sus preciosos cadáveres, bajo lápidas eternas é inscripciones muy honoríficas á todos."—"Ferrer y Subirana sintió en el alma el comportamiento de Balmes; Roca y Cornet intervinieron como mediador; pero Ferrer era un jóven meditabundo y estremadamente sensible. Nadie mejor que Roca sabe los incidentes de este asunto, aunque pronto se divulgaron y ya nadie lo ignora aquí (Barcelona), si bien son cosas que entre escritores suceden cada momento."—El antiguo redactor de la *Religion* se despidió del público en el último número de la *Civilizacion* con estas palabras: "Por motivos que yo no podia prever ni esperar, y en los que no tengo la menor parte, va á cesar esta publicacion; y en tal circunstancia, pareceme que faltaria á mi deber si no expresase mi sincero reconocimiento á la parte del respetable clero español que me ha favorecido por mas de seis años, alentándome sobre todo cuando, á pesar de mi nulidad, me atreví á hablar de religion junto á las recientes ruinas de sus augustos monumentos."

Prolija y hasta impertinente seria la tarea de analizar los artículos que publicó Balmes en la *Civilizacion* y en la *Sociedad*. Ni es tal nuestro objeto, ni lo permiten los límites de este libro, ni lo apetece la generalidad de los lectores. Trató de la existencia de Dios, del indiferentismo, de la necesidad de un concordato; habló del Papa, del cristianismo, de las comunidades religiosas, y de otras materias análogas al título de aquellas revistas: escribió tambien artículos de *politica palpante*, artículos que "nacien hoy para morir mañana." Pero lo examinó todo como Balmes acostumbraba, con la antorcha de la religion en una mano y con el libro de la historia en la otra. Los artículos del periódico eran para su redactor ócios, distracciones de otras tareas más árdnas que á la sazón le ocupaban. En prueba del gran concepto que la *Civili-*

zacion de Barcelona gozaba entre los sábios extranjeros, citaremos un testimonio precioso y poco conocido, que ensalza con especialidad la gloria literaria de nuestro Balmes. M. A. de Blanche, en la segunda parte de un artículo sobre la prensa religiosa de España insertó en la *Universidad católica de Paris*, entrega de Setiembre de 1843, dice:

"Merced á los consejos de la Providencia y como suele suceder, no ha podido cebarse la anarquía en esta parte de España (Cataluña) sin hacer desplegar al mismo tiempo en Barcelona el valor de una resistencia generosa. Mas de seis años ha que el mismo pensamiento que habia creado entre nosotros la *Universidad católica*, los *Anales de la filosofia cristiana* y otros órganos de la mas sabia filosofia y de la mas depurada literatura, dió la existencia en Barcelona á una coleccion estimable, dirigida constantemente al mismo objeto. En nuestras páginas se ha dado ya á conocer esta obra altamente apreciable. Despues de una carrera de cinco años, el redactor de la *Religion* (tal era el título de la Revista barcelonesa), D. J. Roca y Cornet, sintiéndose aguerrido para mas atrevidos combates, se asoció con dos ó tres adalides católicos. Reuniendo en un pensamiento comun el talento de sus dos colaboradores, uno de los cuales era profesor de derecho, D. José Ferrer y Subirana, y el otro sacerdote, D. Jaime Balmes, autor de obras muy conocidas, hizo tomar á su hoja periódica una vasta proporcion. Abierto le quedó el campo de la política, escogiendo un título mas análogo á las ideas de la multitud; la *Religion* trocó su nombre por el de *Civilizacion*, y apareció el periódico dos veces al mes, doblando así el número de sus publicaciones y aumentando su tamaño.

"La *Civilizacion* de Barcelona ha sido una de las colecciones mas interesantes, no solo de la prensa religiosa, sino de toda la de España. Escrita con sostenido calor, era á la vez el eco de las mas sanas y generosas opiniones del extranjero, y el director enérgico de la nacion que tendia á monstruosos errores. Sentíase sobre todo circular en sus páginas una savia de porvenir que suele faltar á las demas publicaciones religiosas. Recordamos entre otros artículos, uno muy notable sobre los resultados de la venta de los bienes eclesiásticos. Su autor es precisamente el mismo Balmes, que habia antes inaugurado la carrera de publicista con las *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*. Demostrar por medio de hechos y de cifras cuán imprudente é insensata habia sido la medida revolucionaria, era una materia fecunda é interesante. Nunca el talento se aplica con

mejor éxito que cuando se ocupa en dilucidar estos teoremas, basados por una parte en los principios eternos de la justicia, y por otra en la ansiedad y en las tribulaciones públicas. Una larga biografía de O'Connell proporcionó al mismo escritor colores vivísimos para pintar al héroe de la guerra oratoria. Fuertes simpatías arrastran hoy á todas las naciones católicas hácia este atleta de la libertad religiosa. La España, que tiene tan grandes recuerdos de fé mezclados con su historia, no puede quedar indiferente ante el espectáculo de la emancipación de Irlanda. En otros tiempos, sin esa prolongada calamidad que la oprime, un sentimiento caballeroso la hubiera impelido á socorrer esta víctima del protestantismo. Las espadas están ahora envainadas cuando se trata de proteger miembros de la Iglesia; así lo quiere la Providencia, para hacer resaltar más sus victorias por la paciencia y la oración; sin que por esto existiera menos en todo el mundo católico, y especialmente en España, un deseo ardiente y unánime en favor de la emancipación religiosa de Irlanda. La *Civilización* responde á este deseo trazando la lucha de O'Connell.

“Una idea se nos ocurre al comparar la colección de Barcelona con toda la prensa religiosa de Madrid. Esta última, levantando su teatro sobre el campo mismo adonde vienen á parar todas las cuestiones políticas, tiene naturalmente una actividad que no puede igualar una Revista escrita á cien leguas de la capital. Mas por otra parte no encontramos generalmente en los escritores de Madrid este ferviente pensamiento que caracteriza gran número de artículos publicados por la *Civilización*. Parécenos que la vecindad de Francia, verdadero polo de la vida intelectual y política de España, comunica á Barcelona un movimiento íntimo, profundo, que falta por desgracia á Madrid, además de las circunstancias exteriores por las cuales la actividad se halla escitada en una capital. Barcelona especula para el porvenir con el entusiasmo y ardimiento de la juventud, mientras que Madrid nunca se satisface de disertar sobre lo presente.

“Tres talentos, cada cual de género diverso, han sostenido el mérito de la Revista de Barcelona. El uno, el Sr. Roca y Cornet, lleno de erudición, de literatura, entregado á estudios fatigosos, dotado de un sentimiento profundo de la delicadeza literaria; el otro el Sr. Ferrer y Subirana, á la vez atrevido y de una estremada reflexión, inclinado á las aseeraciones sorprendentes, y limitándose felizmente á observaciones exactas y vivas; el tercero, el Sr. Balmes, mas fecundo escritor, inagotable en producir, y de otra parte bastante conocido por sus obras de largo trabajo.”

El estimable autor de este artículo se esfuerza en buscar un motivo plausible del rompimiento entre Balmes, Roca y Ferrer, que ocasionó la cesación de aquel periódico. “Quizás (dice) la originalidad de estos diversos talentos no ha permitido que se aplicasen por mucho tiempo juntos en una obra comun. En los trabajos puramente especulativos, como eran los de la *Civilización*, la marcha paralela es difícil, y muchas veces erizada de obstáculos cuando se trata de fijar reglas sobre puntos en que no es reprehensible la divergencia. Una razon de este género habrá sin duda determinado despues de año y medio la trasformación de la *Civilización*. Esta vez el conjunto se ha dividido: Balmes emprende por sí solo una publicación periódica bajo el título *la Sociedad*, continuando el elevado curso de estudios filosóficos, políticos y religiosos á que su talento se siente con evidencia llamado, y esta es una peligrosa empresa, mientras que Roca y Cornet por su parte se propone restablecer la *Religion*, núcleo primitivo de donde salió la bella manifestación del genio barcelonés. Preciso es confesar que ninguna ciudad secundaria de España disputa en este momento á la ardiente Barcelona la palma de la elocuencia filosófica.”

Así habla un escritor extranjero, de las *Revistas* barcelonesas y de sus redactores. Nosotros debilitaríamos la imparcial y atinada crítica de Mr. Blanche si quisiéramos comentarla, y hasta pudieran parecer sospechosas nuestras palabras, tratándose de Balmes, Roca y Ferrer, autores catalanes. Enlacemos ahora la interrum-pida narración.

Se ha demostrado ya que el sábio de Vich era modesto y humilde; que consultaba la opinión, seguía los consejos de personas ilustradas, reformaba y corregía dócilmente sus escritos á tenor de las observaciones que se le presentaban. Con esto respondemos á ciertos críticos y émulos de Balmes, cuyo mérito pretenden rebajar diciendo: “Jamás daba á leer sus manuscritos; era tenaz y porfiado; no se dejaba *emendar la plana*: tenia ciencia, pero tambien orgullo.” No nos empeñaremos en sostener que el redactor del *Pensamiento de la Nación*, el autor del *Pío IX* admitiese consejos sobre materias políticas. Nos consta que como fundador y gefe de un periódico, no aceptaba condiciones, *queria ser dictador*. “Escribo segun me dicta mi conciencia (decia); yo no encadené mi pluma ni altero mis convicciones por nada ni por nadie; mi *Pensamiento* es leído con interés, y las suscripciones se aumentan, lo cual demuestra que mi marcha gusta; quiero, pues, seguirla segun las inspiraciones de mi corazón.” Además de estos motivos, creemos que existen otros. El Balmes de Madrid no era el Balmes

de Barcelona ni de Vich; el Balmes cortesano no era el Balmes catalán: sus aficiones, sus hábitos, sus círculos amistosos y políticos eran tan diversos como los lugares de residencia: hasta su traje y su boconeo se diferenciaban á la par del domicilio, puesto que en Madrid rara vez se le veía con el trago clerical, en Barcelona y en Vich siempre; aquí hablaba en catalán, allí en castellano: acomodaba el genio y el carácter á las vicisitudes y situaciones de la vida; poseía, por decirlo así, el don de trasfigurarse. Con su hermano D. Miguel, con Soler, con Alier, con Roca, con Ristol, era distinto hombre que con Martínez de la Rosa, con Lahoz, con el Marqués de Viluma y otros personajes respetabilísimos. El Sr. Laoz, sin embargo, puede gloriarse de haber merecido la señalada distinción que veremos mas adelante.

No debé parecer estraña nuestra insistencia en demostrar la humildad de Balmes, si recuerdan los lectores que el flanco de ataque, el principal capítulo de acusacion contra aquel grande hombre, ha sido la vanagloria, el orgullo y otras malas pasiones enemigas de la modestia y de la virtud. Fieles á nuestra promesa de imparcialidad, y sin perder de vista que escribimos una biografía razonada y severa, no un elogio histórico ó un panegírico, añadiremos otra prueba mas de la humildad y de la modestia de Balmes. Ya en la *vindicacion* manifestó "que todas sus obras religiosas las sujetó á la censura eclesiástica, y que se mostró siempre pronto á enmendar lo que hubiese digno de enmienda." "Los primeros cuadernos del *Protestantismo* (continúa) fueron sometidos á la censura del Sr. canónigo magistral de Vich por disposicion del gobernador eclesiástico el Sr. canónigo D. Luciano Casadevall; el censor puede decir si no me conocíó siempre dispuesto á someterme á todo. Lo restante de la misma obra y demas escritos religiosos que he publicado en Barcelona, los ha censurado el señor Doctor Riera, catedrático del seminario conciliar, y bien conocido por su saber y la pureza de su doctrina. Dicho señor nunca me ha hecho corregir ni una coma; pero él es testigo de que le he rogado varias veces que me observase lo que fuere digno de corregir; y que en llegando á un pasaje difícil, me ha sucedido recomendárselo especialmente para que cesaminase si yo me habia equivocado." Oigámos también las autorizadas palabras del digno magistral de Vich.

"Si en expresión de los Padres San Bernardo y San Buenaventura (dice el Sr. Soler), la virtud santa de la humildad consiste en tenerse uno á sí mismo en poco, desfriendo al juicio de otros, estos ejemplos me los dió varias veces el difunto Doctor Balmes. Prácticamente de los que ya he citado en estos apuntes, recuerdo que

cuando estaba escribiendo el *Protestantismo*, me confesó que para la composicion de esta obra se habia sentido movido como por un impulso superior, pues solo habia pensado publicar un pequeño opúsculo como el del *celibato del clero*; mas que al comenzar el trabajo vió abrírsele un campo tan vasto, que le fué imposible ceñirse á su pensamiento. En este tiempo vino á encontrarme con mucha humildad y como si pidiese consejo. Me indicó su proyecto y el objeto que le movia. Me entregó los primeros cuadernos en borrador, suplicándome que en el caso de merecer mi aprobacion, le dijese con la sencillez que le parecia descubrir en mí, lo que yo sentia, y que le hiciese el favor de anotar en papel separado las observaciones que en mi concepto correspondiesen. Concedí por darle gusto; mas ¿cuál fué mi sorpresa, al leer aquellos preciosos manuscritos, de mayor estima que un riquísimo tesoro? Yo me quedé atónito, y decia para conmigo mismo: ¿de dónde ha sacado este hombre tantos caudales de sabiduría y de erudicion? Cumplí con el encargo, hice mis ligeros apuntes, y al darle noticia de ellos, salia con unas soluciones tan airosas y repentinas, que me avergonzaba de haber dado lugar á ellas. De ahí tomaba mas confianza conmigo, y me dispensaba la honra de no querer advertir que aquellas indicaciones eran pobreza mia. Hícele una que adopté inmediatamente con admirable humildad. Hubiera podido defenderse haciéndome ver los fundamentos de su opinion, y sucedia todo al revés, pues sin réplica de ningun género, cogió la pluma y enmendó la plana. ¿Quién lo hubiera hecho así, á no tenerse muy en poco, y sentir muy bajamente de sí mismo, que son los caracteres de la verdadera humildad?

"Otra prueba, y esta de escepcion, me dió cuando le hice advertir que acerca del divorcio, que trataba muy someramente en el capítulo 24, tal como yo lo habia leído en el borrador, convendria ampliar un poco mas la doctrina católica. Habiéndole recordado la libertad que se permiten los protestantes, como un Heineccio, un Puffendorf, un Grocio y otros, de separar á los consortes so pretexto de mala índole, de no poder conseguir el fin del matrimonio y de otras causas, declarándolos muy fácilmente disueltos no solo *quoad habitationem*, sino *quoad vinculum*, comprendí tan perfectamente mi insinuacion y se prestó con tanto rendimiento á ella, que en su primer viage á Paris, en poco mas de 15 dias, de los que consumiria gran parte en el camino y envidados consiguientes, enriqueció el *Protestantismo* con la mayor esplicacion del capítulo 24 y con la añadidura del 25. A él le cabe la gloria por su gran talento y humildad, y á mí por habérselo indicado. Cuando lo lei impreso,

si la memoria no me es infiel, me vino al pensamiento aquello que se escribió del Tostado: *Hic stupor est mundi*, &c. Otras pruebas como estas de enmendar defectos, me las había dado repetidas veces, especialmente cuando me regalaba los ejemplares de sus obras, rogándome con instancia que le avisase cualquier descuido en que hubiese incurrido. Esto mismo me consta que pedía á su hermano cuando éste le servía de amanuense, y especialmente al que lo era en la traduccion latina de la *Filosofía elemental*. Yo tuve la honra de censurar el *Protestantismo* por comision de mi superior (14), como resulta de la adjunta copia."

Revisados por última vez los borradores del *Protestantismo*, se encargó de la impresión D. José Tauló. Las multiplicadas tareas de nuestro escritor y su cambio de domicilio obligáronle á renunciar la cátedra de matemáticas en estos términos:

"No permitiéndome mis ocupaciones continuar en la enseñanza de matemáticas en esa ciudad, hago dimision de la cátedra que la junta directiva de ese establecimiento se había servido conferirme. En este concepto, y debiendo empezarse el curso el día 1.º de Octubre, he creído conveniente avisarlo á V. con la debida anticipacion, como tambien el que he juzgado prudente abstenerme de la compra de instrumentos, para la que me había facultado la junta. Espero que V. se servirá dar conocimiento á la misma, asegurándola de mis profundo respeto. Dios guarde á V. muchos años. Barcelona, 28 de Agosto de 1841.—*Jaime Balmes*, presbítero.— Sr. D. Manuel Font, secretario del establecimiento de enseñanza de matemáticas y dibujo de Vich."

Tauló, hombre activo, emprendedor, inteligente y ciego idólatra de nuestro escritor, concibió el pensamiento de publicar la obra en francés y marchar á París. Sus relaciones con varios literatos, impresores y libreros de aquella corte; su práctica en los negocios bibliográficos; su conocimiento del país y su esperiencia acreditada en repetidos viajes, ya de recreo, ya de especulacion, eran elementos demasiado favorables para que Balmes dejara de aprovecharlos. Sentíase tambien naturalmente inclinado á *ver mundo*, porque Barcelona y Vich no satisfacian su anhelante curiosidad, y porque conocia "que los hombres se pueñ, se instruyen y se perfeccionan con las peregrinaciones literarias." Como no existien diarios de sus viajes, y cuando se le preguntaba el motivo de esta omision, respondia: "los diarios los tengo aquí, aquí," dándose una palmada en la frente, supliremos el silencio de nuestro viajero con las noticias que sus compañeros han tenido la bondad de facilitarnos. He aquí las de Tauló:

"Aceptado por el Dr. Balmes mi pensamiento de traducir el *Protestantismo* al idioma francés, marchamos á París á fines de Abril de 1842. Nos detuvimos en Figueras el tiempo preciso para comer, y lo aprovecharon algunos señores para obsequiar á mi compañero. En Perpignan nos alojamos en la fonda del Mediodia. Allí estaba D. Miguel de Foxá, y se valió de mí para tener un rato de conversacion con el Dr. Balmes. En Tolosa le presenté á mi amigo el Padre Magin Ferrer. Observaba yo que muchos dias se levantaba mi compañero de la mesa sin comer apenas, y figurándome que esto seria motivado de que no le gustaban las viandas francesas, le propuse comer al estilo de nuestro país en cuanto fuera posible, y que yo me cuidaria de todo. Pero pronto conocí por una indicacion suya, que no era esta la causa, sino la observancia de los ayunos y la abstiniencia de ciertos manjares, siendo de advertir que mientras viajaba estaba dispensado de ayunar. En Burdeos, al saber nuestra llegada el Sr. arzobispo de Zaragoza, antecesor del actual, envió un recado al Dr. Balmes, manifestándole que el estado de su salud no le permitia pasar á nuestro alojamiento, pero que deseaba vivamente y tendria grande satisfacion en conocerle. La contestacion de mi compañero fué: "Diga V. al Sr. arzobispo, que inmediatamente pasará á visitarle." En efecto, cogiéndome del brazo fuimos al gran seminario donde vivia el Sr. arzobispo, que colmó de obsequios al Dr. Balmes, y le ratificó la dispensa de ayunos y abstiniencia. Sin embargo, siguió observando durante el viaje las reglas de su estado con todo rigor.

"En París alquilamos una habitacion en la calle de San Honorato, número 357. Fuimos á visitar á los Sres. marqués de Alfara, D. Antonio Gironella, Mr. Bonetti, director de *L'Université Catholique*, D. Francisco Martinez de la Rosa, Conde de Toreno, Conde de Orgilla, Marqués de Rotavo, General de jesuitas y otras varias personas de distincion, quienes recibieron al Sr. Balmes con muchas pruebas de respeto y amistad. A los cuatro ó cinco dias de nuestra llegada, empezó él mismo á traducir en francés la obra del *Protestantismo*, y enseñaba los borradores á Mr. Blanche. Como yo había estado en Londres, insté á mi compañero para que pasase á esta capital, á fin de examinar las grandes bibliotecas y preciosidades de todo género que encierra. "Tré (me contestó), pero deseo antes aprender el inglés." Su amigo D. José Miguel Comes queria presentarle un maestro de este idioma; Balmes no quiso aceptarlo. Compró una gramática inglesa, y á los pocos dias leia y entendia el inglés. Para enterarse de la pronuncacion, escuchaba á cualquier inglés de los que encontrábamos en la calle,

y pronto logró ser entendido y que le entendiesen. Confieso que tanta penetración me dejó asombrado.

"Yo le rogaba que no trabajase tanto, porque casi toda la noche la pasaba escribiendo. Su contestación era, que trabajaba para proporcionar á su padre y á su hermano todas las comodidades posibles, y que tan pronto como lo lograra, diría al expresado su hermano que cerrase la tienda de sombrerero y se dedicase al comercio. En efecto, logró el Sr. Balmes poco tiempo despues sus deseos. Tomó una casa en Barcelona, calle del Gobernador número 5, su hermano D. Miguel, cerró la tienda, y D. Jaime se reservó una habitación para él. Uno de los motivos de este comportamiento, era, además del cariño fraternal, la gratitud, pues D. Miguel siendo muchacho solía enviarle algún dinerillo para libros.

"Propúsele una vez que fuésemos á los teatros, y me contestó que nunca había visto ni pensaba ver ningún teatro, porque estas diversiones eran incompatibles con la rigidez de costumbres que ha de observar un eclesiástico. Le aconsejé que publicase su obra en inglés, pero no quiso. Luego empezó á hacerlo uno de los periódicos de Londres. Marchó á esta capital, teniendo yo el disgusto de no poderle acompañar, porque mis negocios me llamaban con urgencia á Barcelona.

Aquí concluyen los apuntes de D. José Tauló. En su *vindicación* solo dice Balmes "que á fines de Abril de 1842 pasó á Paris, hizo entretanto un viaje á Londres, y regresó á España á principios de Octubre." Nuestros lectores no tomarán á mal que completemos los detalles de Tauló con la siguiente carta:

"Paris, 19 de Setiembre de 1842.—Sres. D. Juan Roca, D. José Riera y D. José Camporat.—Mis queridos amigos: Cuando se trata con hombres como VV., uno no les escribe estando tan ocupado sino cuando los ha menester. La fórmula es breve, pero expresiva. Como no dudó que VV. se tomarán la pena de intervenir en la corrección de pruebas, espero que corregirán no solo las faltas de imprenta, sino tambien aquellas *quas humana parum cavet incuria*, como lo digo á mi hermano, para que el encargo lo tengan VV. por duplicado. Me pedirán VV. qué me parece de Paris y Londres: bien y mal, mal y bien; y grande y pequeño, y pequeño y grande, y hermoso y feo, y feo y hermoso: los hombres y las cosas con sus más y menos, sus caras infinitas, sus aspectos innumerables. Pero, me añadirán, ¿no se ha quedado V. con un palmo de boca? Ya saben VV. que soy cristiano viejo, un sí es no es testarudo, un sí es no es satírico, un sí es no es enemigo de dejarse alucinar, y sobre todo, muy amigo de aquel famoso dicho de San Ci-

priano, que lo entendia, cuando ponderando la dignidad del alma humana, dice: "Despéñase de la cumbre de su grandeza, quien puede admirar algo que no sea Dios." Quiero decir que no deben VV. esperar encontrarme entusiasmado y fanático por la corteza de las cosas, hinchado por haver visto Paris y Londres, y varias cosas que hay en Londres y Paris, ni fastidiado de nuestra España, ni echando fieros contra nuestra rudez, barbarie, &c. Segun barrunto, me encontrarán VV. como cuando los dejé. *Quid facias?*.... Ya ven VV. que no he olvidado el latin; pues tampoco he olvidado la afición á los libros viejos, que ya saben VV. que se me ha metido en la mollera que esos hombres del tiempo de la tía Calasparras sabrían algo, por mas que se diga. Todavía voy revolviendo libros polvorientos por estas bibliotecas, y haciendo recorrer y estudiar recónditos ú olvidados estantes á estos *Messieurs* de la inmensa Biblioteca Real. No muestren VV. estas líneas á los hombres *à la dernière*, porque frunciendo las cejas, dirían: "ese hombre es incorregible;" y lo peor ó lo mejor es que continuará en su tema hasta el día en que se vaya á esperar la resurrección, que allí está la verdad como aquí se acaba el papel.—*Balmes.*"

Las últimas palabras de esta carta, aunque familiares y como escapadas á la pluma, confirman lo que varios amigos del escritor nos han asegurado respecto á que su idea fija, su pensamiento dominante era la *eternidad*. Ya se verá que el gran filósofo no temía la muerte segun es temida por los hombres en general. Balmes vivía siempre preparado á morir; por eso aguardaba tranquilo y resignado el momento de abandonar una patria transitoria, que él en su clarísima percepción creía aun mas caduca de lo que es; por eso todas las ideas de aquel entendimiento privilegiado se concentraban en una sola: *en la eternidad*. El hombre que adelantaba sus cálculos mas allá de 40 siglos; que llamaba sombra al mundo, vanidades á sus grandezas, sopló á la vida; que era creyente de corazón, católico por convencimiento; el hombre que para admirar la omnipotencia de Dios se hacia sujetar á un mastil mientras la frágil nave iba á merced de las embravecidas olas; el hombre que subía á la cumbre del Monseny para observar las tempestades, y los prodigios de la electricidad, y la causa de los vientos, y los efectos del rayo, del trueno, del huracán; el hombre que absorto en la contemplación de tantas maravillas elevaba su alma á Dios, clamando: "Tú solo eres grande y omnipotente, contigo está la eternidad;" ese hombre se acordaba de la muerte y de la vida perdurable, sin el miedo, sin los remordimientos del incrédulo. Y no como los antiguos filósofos, que bebían la cicuta con estoica se-